

hecho ostentoso alarde de su valentía y buena estrella en los campos de batalla.

Pero dejemos llegar al moribundo capitán á donde la muerte le esperaba para acabar de un solo golpe la vida que hasta allí había sido invulnerable á las armas de millares de combatientes enemigos.

CAPITULO XVIII.

(1541.)

Llega Alvarado á Guadalajara. --- Hace testamento y nombra albaceas á Juan Alvarado y al Obispo de Guatemala. --- Muere el 4 de Julio de 1541. --- Su cadáver se depositó en una capilla, de donde después fué trasladado á Tiripitío, México y Guatemala. --- Malas condiciones de defensa de la ciudad de Guadalajara. --- Llega el capitán Muncibay con 50 hombres de á caballo. --- Sublevación de varias tribus indígenas capitaneadas por *Tenamaxtle*. --- Provision real para que solo fueran considerados como esclavos los indios adultos. --- Algunos vecinos de Guadalajara objetan esa provisión. --- Conducta de los religiosos franciscanos que acompañaban á los conquistadores. --- El P. Fr. Antonio de Segovia.

Llegó á Guadalajara el Adelantado el día 26 de Junio y salieron á recibirle muchas personas á los suburbios, mostrándole sus simpatías y sentimientos de dolor. Se le alojó en la casa de su sobrino político Juan del Camino, donde fué atendido con todos los cuidados posibles; pero como la enfermedad se iba agravando cada día, procuró disponer su alma recibiendo los últimos auxilios de la religión y en seguida hizo testamento ante el notario público Diego Hurtado de Mendoza y los testigos Luis de Castilla, Fernan Flores, Francisco Cuéllar Alonso Lujan y Juan Méndez Sotomayor, encargando que al morir, su cuerpo fuera depositado en la Iglesia de Guadalajara y que después se trasladase al convento de Agustinos de Tiripitío, para que de allí se llevara á México, y que los gastos del entierro se hicieran con el producto de los bienes que dejaba en Guadalajara ó en México.

Al mismo tiempo nombró por albaceas á D. Francisco Marloquín ó Mayorquín, Obispo de Guatemala y á Juan de Alvarado de la ciudad de México.

Antes de morir ordenó á sus soldados que no desamparasen la ciudad ni otros puntos donde había dejado destaca-

mentos de su ejército, como en Zapotlán, Etzatlán, Chapala y Autlán, mientras no llegara el socorro que había ofrecido enviar el Virrey Mendoza, pudiendo después tomar el camino que mejor les pareciera.

El Gobernador Oñate visitaba con frecuencia á D. Pedro, animándole y proporcionándole toda clase de atenciones y consuelos; pero la hora de abandonar para siempre este mundo sonó en el reloj invariable del destino. Oñate, y muchos amigos y compañeros rodeaban silenciosos y consternados el lecho del moribundo. El Sacerdote Bartolomé de Estrada le dió la Extremaunción, le acercó un Crucifijo que besó reverentemente, y haciéndole recitar el Símbolo de los Apóstoles, espiró el 4 de Julio de 1541, después de diez días de continuos y crueles sufrimientos.

Sus amigos y compañeros lloraron su muerte y la ciudad toda se llenó de aflicción. Se le tributaron los últimos honores con la solemnidad posible y se depositó el cadáver en una capilla de la Iglesia de la ciudad, de donde fué después llevado á Tiripitío, México y Guatemala, en cuyo último punto residía Doña Beatriz de la Cueva su esposa.

Así acabó la agitada vida del intrépido capitán á quien los mexicanos llamaban *Tonatiuh*, que quiere decir *hijo del Sol*.

Oñate, que solo tenía 25 ó 30 soldados, interrogó á los 70 que quedaron de los de Alvarado sobre si tenían voluntad de permanecer para la defensa de la ciudad; solo unos doce respondieron por la afirmativa, sujetándose al mando y gobierno de Oñate, pues los demás prefirieron irse á las fronteras del reino.

Quedó, pues, Guadalajara con solo 35 ó 40 soldados capaces para combatir, y viendo Oñate las malas condiciones á que quedaba reducida la ciudad y aun todo el reino de la Nueva Galicia con la deplorable muerte de Alvarado y con la salida de la mayor parte de sus soldados, se apresuró á participar al Virrey todo lo acontecido, rogándole enviara cuanto antes el socorro que con tanta ansia y necesidad se esperaba.

A los tres días de haberse enviado la fatal noticia al Virrey, llegó á Guadalajara el capitán Juan de Muncibay ó Moncibais con 50 hombres de á caballo que enviaba D. Antonio de Mendoza, mientras éste acababa de organizar un

ejército competente, con el cual deseaba venir en persona á poner fin á la alarmante sublevación de los indios de Nueva Galicia.

La llegada de Moncibais con los 50 soldados referidos influyó bastante en levantar el ánimo de los vecinos de Guadalajara, los cuales habían quedado muy desalentados y rebeldes de que los *caxcanes*, aprovechando la victoria que acababan de obtener contra Alvarado, y viendo la poca guarnición con que contaba la ciudad, emprendieran un ataque intempestivo con fuerzas numerosas, pues la sublevación de los indios se hacía sentir ya de una manera formal y alarmante, no solo en los pueblos inmediatos á Guadalajara, sino en algunos otros de la Nueva Galicia.

Teníanse avisos ciertos de que varias tribus se habían confederado con los *caxcanes* para combatir resuelta y tenazmente á los españoles, y aun para arrojarlos del territorio, si era posible.

Los valles de Juchipila y Tlaltenango estaban del todo insurreccionados, por tener allí su principal asiento la sublevación que acaudillaba y movía el valiente y patriota *Tenamaxtle*, ayudado eficazmente por los *tecucexes* de Acatic, Tlacotal, Mitic y las Barrancas.

Activos emisarios de los *caxcanes* recorrían los pueblos de Acapóneta, Matlatlan, Etzatlán, Tonatlan, Icheatlan, Atemaxac, Tequixquitlan, Copala, los Zacatecos y otros, convocándolos á la rebelión.

El ejército de *Tenamaxtle* aumentaba considerablemente con belicosos aliados, y de vez en cuando se aproximaban algunos grupos de enemigos á la ciudad, pero sin arriesgar asalto alguno, porque tenían concertado para el próximo mes de Septiembre, un combate simultáneo contra Guadalajara y algunos otros puntos ocupados por los españoles.

Con tales noticias Oñate no se dió un punto de reposo en disponer cuanto la experiencia y la necesidad le aconsejaban respecto á la defensa de la ciudad.

Mientras esto pasaba, recibióse una provisión de la Audiencia de México, referente á ordenar que solo fueran considerados como esclavos los indios rebeldes de catorce años arriba. Oñate mandó que esa provisión se hiciera pública por medio de un bando, pero los Regidores que entonces funcionaban y fueron Alonso de Castañeda, Juan del Ca-

mentos de su ejército, como en Zapotlán, Etzatlán, Chapala y Autlán, mientras no llegara el socorro que había ofrecido enviar el Virrey Mendoza, pudiendo después tomar el camino que mejor les pareciera.

El Gobernador Oñate visitaba con frecuencia á D. Pedro, animándole y proporcionándole toda clase de atenciones y consuelos; pero la hora de abandonar para siempre este mundo sonó en el reloj invariable del destino. Oñate, y muchos amigos y compañeros rodeaban silenciosos y consternados el lecho del moribundo. El Sacerdote Bartolomé de Estrada le dió la Extremaunción, le acercó un Crucifijo que besó reverentemente, y haciéndole recitar el Símbolo de los Apóstoles, espiró el 4 de Julio de 1541, después de diez días de continuos y crueles sufrimientos.

Sus amigos y compañeros lloraron su muerte y la ciudad toda se llenó de aflicción. Se le tributaron los últimos honores con la solemnidad posible y se depositó el cadáver en una capilla de la Iglesia de la ciudad, de donde fué después llevado á Tiripitío, México y Guatemala, en cuyo último punto residía Doña Beatriz de la Cueva su esposa.

Así acabó la agitada vida del intrépido capitán á quien los mexicanos llamaban *Tonatiuh*, que quiere decir *hijo del Sol*.

Oñate, que solo tenía 25 ó 30 soldados, interrogó á los 70 que quedaron de los de Alvarado sobre si tenían voluntad de permanecer para la defensa de la ciudad; solo unos doce respondieron por la afirmativa, sujetándose al mando y gobierno de Oñate, pues los demás prefirieron irse á las fronteras del reino.

Quedó, pues, Guadalajara con solo 35 ó 40 soldados capaces para combatir, y viendo Oñate las malas condiciones á que quedaba reducida la ciudad y aun todo el reino de la Nueva Galicia con la deplorable muerte de Alvarado y con la salida de la mayor parte de sus soldados, se apresuró á participar al Virrey todo lo acontecido, rogándole enviara cuanto antes el socorro que con tanta ansia y necesidad se esperaba.

A los tres días de haberse enviado la fatal noticia al Virrey, llegó á Guadalajara el capitán Juan de Muncibay ó Moncibais con 50 hombres de á caballo que enviaba D. Antonio de Mendoza, mientras éste acababa de organizar un

ejército competente, con el cual deseaba venir en persona á poner fin á la alarmante sublevación de los indios de Nueva Galicia.

La llegada de Moncibais con los 50 soldados referidos influyó bastante en levantar el ánimo de los vecinos de Guadalajara, los cuales habían quedado muy desalentados y recelosos de que los *caxcanes*, aprovechando la victoria que acababan de obtener contra Alvarado, y viendo la poca guararnición con que contaba la ciudad, emprendieran un ataque intempestivo con fuerzas numerosas, pues la sublevación de los indios se hacía sentir ya de una manera formal y alarmante, no solo en los pueblos inmediatos á Guadalajara, sino en algunos otros de la Nueva Galicia.

Teníanse avisos ciertos de que varias tribus se habían confederado con los *caxcanes* para combatir resuelta y tenazmente á los españoles, y aun para arrojarlos del territorio, si era posible.

Los valles de Juchipila y Tlaltenango estaban del todo insurreccionados, por tener allí su principal asiento la sublevación que acaudillaba y movía el valiente y patriota *Tenamactle*, ayudado eficazmente por los *tecucexes* de Acatlic, Tlacotlan, Mitic y las Barrancas.

Activos emisarios de los *caxcanes* recorrían los pueblos de Acapóneta, Matlatlan, Etzatlán, Tonatlan, Icheatlan, Atemaxac, Tequixquitlan, Copala, los Zacatecos y otros, convocándolos á la rebelión.

El ejército de *Tenamactle* aumentaba considerablemente con belicosos aliados, y de vez en cuando se aproximaban algunos grupos de enemigos á la ciudad, pero sin arriesgar asalto alguno, porque tenían concertado para el próximo mes de Septiembre, un combate simultáneo contra Guadalajara y algunos otros puntos ocupados por los españoles.

Con tales noticias Oñate no se dió un punto de reposo en disponer cuanto la experiencia y la necesidad le aconsejaban respecto á la defensa de la ciudad.

Mientras esto pasaba, recibióse una provisión de la Audiencia de México, referente á ordenar que solo fueran considerados como esclavos los indios rebeldes de catorce años arriba. Oñate mandó que esa provisión se hiciera pública por medio de un bando, pero los Regidores que entonces funcionaban y fueron Alonso de Castañeda, Juan del Ca-

mino, Ramiro de Guzmán y Juan Sánchez Belmontes, asociándose al parecer de muchos otros vecinos, reunieron en Cabildo el día 12 de Agosto, y acordaron apelar á Oñate, suplicándole hiciese manifiestos á la Audiencia de México los perjuicios que tal provisión les acarrea, así como los males que continuamente cometían los indios, á fin de que el rey tomara conocimiento del asunto, y en vista de lo expuesto proveyera en justicia lo que estimara oportuno.

No se conformaban los españoles de la Nueva Galicia con la prerrogativa de ceñir los inicuos hierros de la esclavitud á solo los indios adultos; querían que al mismo tiempo fueran esclavos los jóvenes y los niños, como si no fuera bastante que sus infelices padres arrastraran las pesadimas y oprobiosas cadenas de la tiranía.

Preciso es convenir en que mientras los españoles procuraban subyugar á los indios ó apaciguarlos por medios vedados y violentos, algunos de los sacerdotes que se encontraban misionando en la Nueva Galicia empleaban el celo religioso y la predicación, no solo para atraerlos á la fé cristiana, sino también para infundirles confianza y respeto para con sus amos los españoles.

Mas oportuna y disculpable aparece la conducta de esos religiosos, á pesar del carácter fanático y supersticioso que comunmente los distinguía; porque mientras los españoles procuraban conservar sus intereses y sus vidas con el auxilio de las armas y las amenazas y con una conducta cruel y despótica, los frailes franciscanos, indefensos y con solo el crucifijo en la mano se lanzaban animados y gustosos á sembrar la semilla de la religión entre aquellas tribus salvajes, exasperadas con el cruel gobierno que las oprimía y resueltas á sacudir el yugo extranjero, para consagrarse pacíficamente y sin obstáculos, al goce de sus naturales derechos y de las prácticas religiosas heredadas de sus mayores.

Entre aquellos infatigables ministros de la Iglesia sobresalían á veces algunos hombres verdaderamente piadosos, humanitarios y abnegados, que haciendo frente con cristiano valor y resignación á los peligros y dificultades que su difícil encargo les ofrecía en estas tierras, se internaban á los bosques, trepaban inaccesibles cerros, dormían en miserables cabañas y se sustentaban con frugales alimentos,

para ir á apartar de la idolatría y de algunas inmorales costumbres á los indios.

Uno de esos sacerdotes fué el P. Fr. Antonio de Segovia, religioso franciscano para quien no había ni distancias, ni peligros, ni dificultades en su ardiente deseo de convertir y bautizar gentiles.

Inmensa fué la ayuda que el citado sacerdote, unido á otros compañeros religiosos, prestó á Oñate y los demás españoles de la Nueva Galicia, pues en aquellos días en que el fuego devorador de una guerra sin cuartel sembraba de cadáveres y de lágrimas el territorio, el P. Segovia y sus colaboradores recorrían los *cocas*, *tecuexes*, *caxcanes*, *zacatecos*, *chichimecos* y otros, exhortándolos con pacíficos razonamientos y amorosos ruegos, á recibir la fé cristiana y á deponer las armas que empuñaban contra los españoles; pero si bien es cierto que los esfuerzos y la predicación de esos religiosos, lograron aquietar á muchos indígenas y confirmar en otros el afecto que profesaban á los castellanos, no sucedió lo mismo con la generalidad de los indios que poblaban la Nueva Galicia, pues los acontecimientos siguientes nos darán á conocer cuán profundas raíces había echado en el corazón de los *caxcanes* y otras tribus, el natural y justo ódio con que veían á sus orgullosos y crueles opresores.